Edmundo Paz Soldán, entre el Norte y el Sur

Mario Martín Gijón

Bolivia acumuló en el siglo XX una historia prolija en golpes de Estado, dictaduras militares, intentos democratizadores y tentativas de modernización condenadas al fracaso. Edmundo Paz Soldán (Cochabamba, 1967) retrató como pocos el desgarro de este país polarizado entre el neoliberalismo y el indigenismo. El escritor boliviano, que saltó a la fama con el conjunto de relatos *Las máscaras de la nada* (1991) y su inclusión en la polémica antología *McOndo*, se estableció definitivamente en Estados Unidos a los 25 años y, tras obtener su doctorado en Literatura Hispana por la Universidad de Berkeley, se trasladó a la Costa Este para enseñar literatura latinoamericana en la Universidad de Cornell. En la tensión entre su país de residencia y su territorio de origen, fue construyendo una representación de su país en la que, según la fórmula que propuso en una ocasión, se trataría de «juntar Borges con Vargas Llosa, y añadirle un toque de Philip Dick». Durante esos años escribió a buen ritmo un ciclo narrativo de siete novelas situadas en la ciudad ficticia de Río Fugitivo, trasunto de su Cochabamba natal, donde sus protagonistas se debatían en lucha agónica entre afinidades diversas: pertenecientes a la estrecha clase media-alta boliviana beneficiaria del progreso, aunque carguen con una conciencia culpable frente a la mayoría de sus compatriotas; menos apocalípticos que integrados, son declarados tecnófilos y mantienen una conflictiva relación con el poder. Así, en *Sueños digitales*, Sebastián, un talento-

---

Edmundo Paz Soldán: *Norte*. Mondadori, Madrid, 2011.

so diseñador gráfico, acepta colaborar con el gobierno manipulando las fotografías que muestran el pasado criminal del presidente; en *El delirio de Turing*, Miguel Sáenz, un matemático genial en el desciframiento de claves, descubre que su trabajo sirvió para capturar y asesinar a opositores al gobierno, y en *Palacio Quemado*, Óscar, joven historiador sin convicciones firmes, acepta escribir los discursos del gobierno por la vanidad de formar parte de la Historia. En estas novelas aparecían claramente los mecanismos de captación por los cuales las élites intelectuales pasaban a trabajar para las estructuras de poder que siempre habían rechazado, de modo que todo este ciclo puede verse, bajo las tramas de complejas historias personales, como un alegato en clave de ficción por la independencia del intelectual, característico de toda una serie de escritores latinoamericanos, que, desde la independencia que les aporta su posición en el extranjero, diagnostican, con voz doliente pero esperanzada, los males de sus países.

Por ello Paz Soldán sorprendió con su penúltima novela, *Los vivos y los muertos* (2009), situada en la ficticia ciudad norteamericana de Madison, cuya tranquilidad se veía sacudida por una macabra sucesión de asesinatos y suicidios entre su población adolescente. La novela se distinguía por su inscripción en los referentes de la cultura juvenil estadounidense e hizo surgir las dudas de si, tras dos décadas de residir en Estados Unidos, Paz Soldán había caído bajo su fascinación, a costa de distanciarse de los problemas de Latinoamérica.

Nada más lejos de la realidad, podemos concluir tras leer *Norte* (2011), la última novela de Paz Soldán y donde en cierto modo el Norte y el Sur confluyen en unos Estados Unidos poblados por emigrantes mexicanos, bolivianos, puertorriqueños o argentinos. El escritor boliviano traza un fresco sintético pero vibrante de un país progresivamente bilingüe y cuya cultura ya es imposible definir en términos anglosajones. La novela está construida mediante tres historias que se cruzan finalmente, de las cuales, las dos principales están basadas en personas reales. Paz Soldán ya había mostrado su capacidad para construir una novela polifónica en *Los vivos y los muertos*, dando voz a todos y cada uno de los personajes. Lo que ganaba al abarcar tan amplio abanico de voces lo

perdía en intensidad, al contrario que en *Norte*, donde la focalización trimembre aparece como más lograda a pesar del reto nada desdeñable que suponía evocar el devenir mental de dos esquizofrénicos: El mexicano Jesús González Reyes, basado en el caso real de Ángel Maturino Reséndiz (1960-2006), conocido como el *Railroad Killer*, y el pintor esquizofrénico Martín Ramírez (1895-1963), canonizado como genio del *outsider art*. La tercera voz es la de Michelle, estudiante de origen boliviano, que oscila entre su tempestuosa relación con Fabián, un hipocondríaco profesor de literatura argentino, y su obsesión por iniciar una carrera como dibujante de cómics.

Frente a la narración retrospectiva en primera persona de Michelle, el autor recurre a la psico-narración (donde, según la narratóloga Dorrit Cohn, se combinan la voz del narrador y la del personaje para llegar a elucidar, en lugar de reflejar, el funcionamiento de la mente del protagonista) en los capítulos ocupados por Jesús González y Martín Ramírez, dos hombres desplazados cuyas historias, en apariencia tan diferentes, comparten elementos que ascienden del nivel de la anécdota a símbolos. Así, los dos abandonaron una edad feliz al otro lado de la fontera, exiliándose también de la única mujer a la que amaron, y en ambos el ferrocarril sirvió como desencadenante de sus viajes a la locura en el país ancho y ajeno.

En el caso de Martín Ramírez, casado y con tres hijas, cruzó la frontera en 1925 para trabajar en la construcción de vías ferroviarias; poco después estalla la Guerra Cristera en México y Ramírez recibe noticias confusas sobre su familia, que le llevan a pensar que su esposa le ha traicionado, cayendo en una depresión crónica. Ramírez es internado en un psiquiátrico, donde comienza a realizar dibujos del país al que no puede regresar, al tiempo que renuncia al lenguaje. «¿Para qué las palabras si se podía dibujar?» –se pregunta–. En el entorno hostil del manicomio californiano, el arte se convierte en su refugio, y la única persona hacia la que desarrollará afecto será el profesor que descubre el valor de su obra.

En el caso de Jesús, el paraíso de su infancia era la cercanía a su hermana María Luisa, compañera de juegos en el modesto hogar de donde el padre desapareció tras cruzar la frontera. Cuando al

acercarse a la pubertad él quiere consumar su atracción, es rechazado por ella, y esta expulsión de su pequeño paraíso lo llevará, según recordará Jesús años después, a «espacios en los que no había nada mejor que empuñar un cuchillo» vengando en otras mujeres el rechazo de su hermana. Al ofrecerle su patrón cruzar coches de contrabando desde el otro lado de la frontera, Jesús descubrirá una sensación de libertad, vagando en trenes de carga, anónimo en un país inmenso, y se sentirá intocable, advirtiendo con astucia las contradicciones de un país que él ve como «un gigante tosco, desmañado», cuyos puntos vulnerables puede aprovechar en beneficio propio. Como es habitual en él, Paz Soldán no hace concesiones a lo políticamente correcto, y ahonda en los miedos del norteamericano medio, atizados por periodistas como la Haze Johnson de la novela, a la que se contrapone la figura de Rafael Fernández, el *ranger* que persigue a Jesús, también un desplazado.

La voz de Michelle sirve sobre todo para engarzar finalmente las otras dos historias, al encargarle una profesora que escriba un texto sobre la pintura de Ramírez, mientras que su amigo Sam investiga sobre el *Railroad Killer*. Michelle está enamorada de Fabián, un hipocondríaco profesor argentino, en parte una autoparodia del autor que a la vez espejea intertextualmente el amor entre Pedro Zabalaga y su estudiante Ashley en *La materia del deseo*. Como en otras novelas suyas, desde el Roby de *Río Fugitivo* a la Amanda de *Los vivos y los muertos*, sobrevive quien escribe para dar testimonio y a la vez redimirse.

Aún después de desaparecer, perviven en la mente del lector las voces de Jesús y de Martín, desquiciadas pero con una innegable coherencia poética. Si en el nivel temático más evidente, *Norte* dibuja un mapa de las cicatrices de la inmigración en Estados Unidos, la novela es asimismo una honda parábola sobre el crimen y el arte como dos senderos que parten de la bifurcación donde se quiebran nuestros sueños. El lector siente desasosiego al concluir que, algunas veces, muy poco separa a quienes basculan de un lado o del otro. Por ello, quizás el mejor símbolo de la novela sería el dibujo de Ramírez, que la profesora de Michelle escogió para anunciar la exposición del pintor mexicano, y que representa un tren saliendo del túnel. Una

metáfora de la función salvífica del arte que ofrece una respuesta, aunque precaria y provisional, a la inquietante pregunta de Yuri Herrera que figuraba como epígrafe inicial de la novela: «¿Y tú, por qué has de estar de este lado?»